



LA QUINTA DE PEÑALBILLA.

Descripcion de una colonia agricola, que hace á sus nietos el abuelo.

(Continuacion.)

Tambien hablaron algo de las poblaciones del tránsito, y si mal no recuerdo dijeron que las más importantes eran Illescas, Vargas y Torrijos. En una estacion les oí decir que allí cerca estaba Cebolla, donde se elaboraba mucho y rico vino blanco.

De lo demás del viaje nada recuerdo sino es que á cada instante me ocurrían los mismos pensamientos: ¡Qué me querrá Juan! ¡Qué hace en Peñalbilla! Peñalbilla es una rinconada de tierra donde no se encuentran más que hondos barrancos y peñas peladas. El padre de mi amigo tenía en aquellos parajes una posesion donde siendo niño habia ido yo con Juan á cazar conejos y destruir nidos de grajos. Era lo único que se encontraba en aquellos parajes, tan ingratos á la vegetacion, que ni áun hiería se criaba en ellos. Al pié de la sierra, aunque dentro de la mis-

ma falda, recuerdo que habia una casita de pastores y corrales de ganado. ¿Qué hacía Juan allí?

Abismado en estos pensamientos llegué á la estacion de Talavera á la una y cincuenta y dos minutos de la madrugada el lunes 31 de Mayo. Apenas habia puesto el pié en tierra se acercó á mí un jóven de buen parecer, y tomando mi maleta me dijo con el tono más natural:

—Señor D. Ricardo, el carruaje está enganchado y sólo espera las órdenes de Vd.

—¡Ah! ¿eres tú quien ha de conducirme á Peñalbilla?

—Sí, señor; y cuando Vd. guste podemos echar á andar.

—¿De modo que D. Juan no está en Talavera?

—Le espera á Vd. en Peñalbilla á las tres y media.

Yo tenía algunos amigos en Talavera, y aunque la hora no dejaba de ser intempestiva, hubiera deseado ver alguno para tomar noticias de Juan y salir de la incertidumbre que me devoraba. Quise indicárselo al dependiente de mi amigo; pero á la primera palabra me contestó sencillamente:

—Como Vd. guste; pero D. Juan le espera á Vd. á las tres y media.

No me pareció prudente insistir en mi propósito. Tenía que resignarme á saber la historia de mi amigo de sus mismos labios. Por nada de este mundo le hubiera hecho esperar un sólo instante. Tomé, pues, asiento en el carruaje, y con el fresco de la mañana y el cansacio de la noche se calmó mi excitacion de tal modo, que á las mismas puertas de Talavera quedé profundamente dormido, y me desperté cuando se abrió la portezuela del carruaje, y oí un grito de Juan que, sin dejarme salir del carruaje, se arrojó en mis brazos diciendo:

—¡Gracias á Dios!

Capítulo II.

Mi amigo Juan, en la época de los acontecimientos que estoy refiriendo, tenía treinta y ocho años. Era hombre de buena estatura, aunque no excesivamente alto, de noble presencia, aspecto varonil, cara simpática, ojos expresivos, y en todo su porte se descubría un inmenso fondo de bondad y magnanimidad. Cuando yo tenía tres años habia ido mi familia á establecerse en Talavera. La circunstancia de vivir enfrente á la casa de Juan, hizo que las dos familias entraran en relacion, y que Juan y yo nos encontráramos por primera vez en tan tierna edad. Desde entónces no nos sepa-

ramos. Juntos jugábamos, juntos íbamos á la escuela, juntos comíamos la mayor parte de los días. Los juguetes del uno eran los del otro; los gustos del uno los del otro, aunque, para hablar mejor, debo decir que los dos no teníamos más que un solo pensamiento, que era el de Juan. Mi madre, que era en extremo delicada en la educacion de sus hijos, solia impedir alguna vez que nos juntáramos; pero un día que las dos madres estaban juntas, la de Juan, que era señora de mucha penetracion, dijo á la mia:

—No se oponga Vd. á que nuestros hijos se junten, porque no está en su mano obrar de otra manera. La suerte de los dos niños tiene que ser la misma.

Desde entónces ya tuve más libertad para tratar con Juan.

¡Con qué inmenso placer recuerdo todavía aquellas hermosas primaveras en que Juan y yo hacíamos nuestras expediciones por el campo! Nuestra amistad habia llegado á ser un sagrado para ambas familias, porque jamás obrábamos sin la prévia autorizacion de nuestros padres, y esto nos valia muchas concesiones, que de otro modo no hubiéramos podido obtener. Cuando alguna vez subíamos por la sierra, ó corríamos por entre los árboles del bosque, ó paseábamos por las deliciosas riberas del Tajo, todo nuestro afán era conocer todos los fenómenos que la naturaleza desplegaba delante de nuestra vista. Tanto mi padre como el de Juan eran hombres que se habian dedicado mucho al estudio; y como siempre tenían gusto en satisfacer nuestra curiosidad, les apurábamos á preguntas. Entónces es cuando yo aprendí que el *humus* ó capa de tierra

vegetal, que cultiva el labrador, está formado de las rocas descompuestas por los agentes atmosféricos, y de los *detritus* ó despojos descompuestos de animales y vegetales. Entónces supe que el *mantillo* ó capa de tierra negra que se encuentra en los bosques es un elemento utilísimo para la agricultura, sobre todo el llamado *tierra de brezo*, y que se forma de los despojos que caen al suelo, de los árboles y hierbas, y de los despojos de los animales que habitan las selvas. Nuestros padres nos enseñaban que las *montañas* que estrechan el horizonte estaban formadas por *rocas* que, impulsadas por agentes poderosos, habían salido del seno de la tierra, y muchas veces, rompiéndose en las grandes conmociones que ha experimentado el globo, se habían separado, produciendo los valles, que tan pintorescos y fértiles son generalmente, porque en ellos se acumula toda la tierra fértil que se desprende de las montañas y

los mantillos de los bosques. Entónces, finalmente, aprendí lo que eran *limo*, y *calizas*, y *granitos*, y *margas*, y *basaltos*, y *cuarzos*, y *gredas*, y todas las clases de rocas y terrenos que hay en nuestro país, con las propiedades que tienen y las utilidades que los labradores pueden sacar de su conocimiento.

Cuando volvíamos á casa después de una de estas excursiones, éramos siempre recibidos con grandes muestras de regocijo, porque nunca nos olvidábamos de venir cargados de piñas, bellotas, flores y toda clase de frutas para nuestros hermanos pequeños. Y ¡cosa rara entre muchachos! jamás nos atrevimos á coger un nido.

—Ricardo,—me decia mi amigo,—si coges un pájaro privas de la libertad y de la vida á un inocente, y quitas al monte una parte de su hermosura.

(Se continuará.)

C. L. E.

LA ESPERANZA.

Rico bajel, que en blando movimiento
Sobre los mares de la vida vuelas,
Llevando los recuerdos como estelas,
Que en pos de tí palpitan un momento:

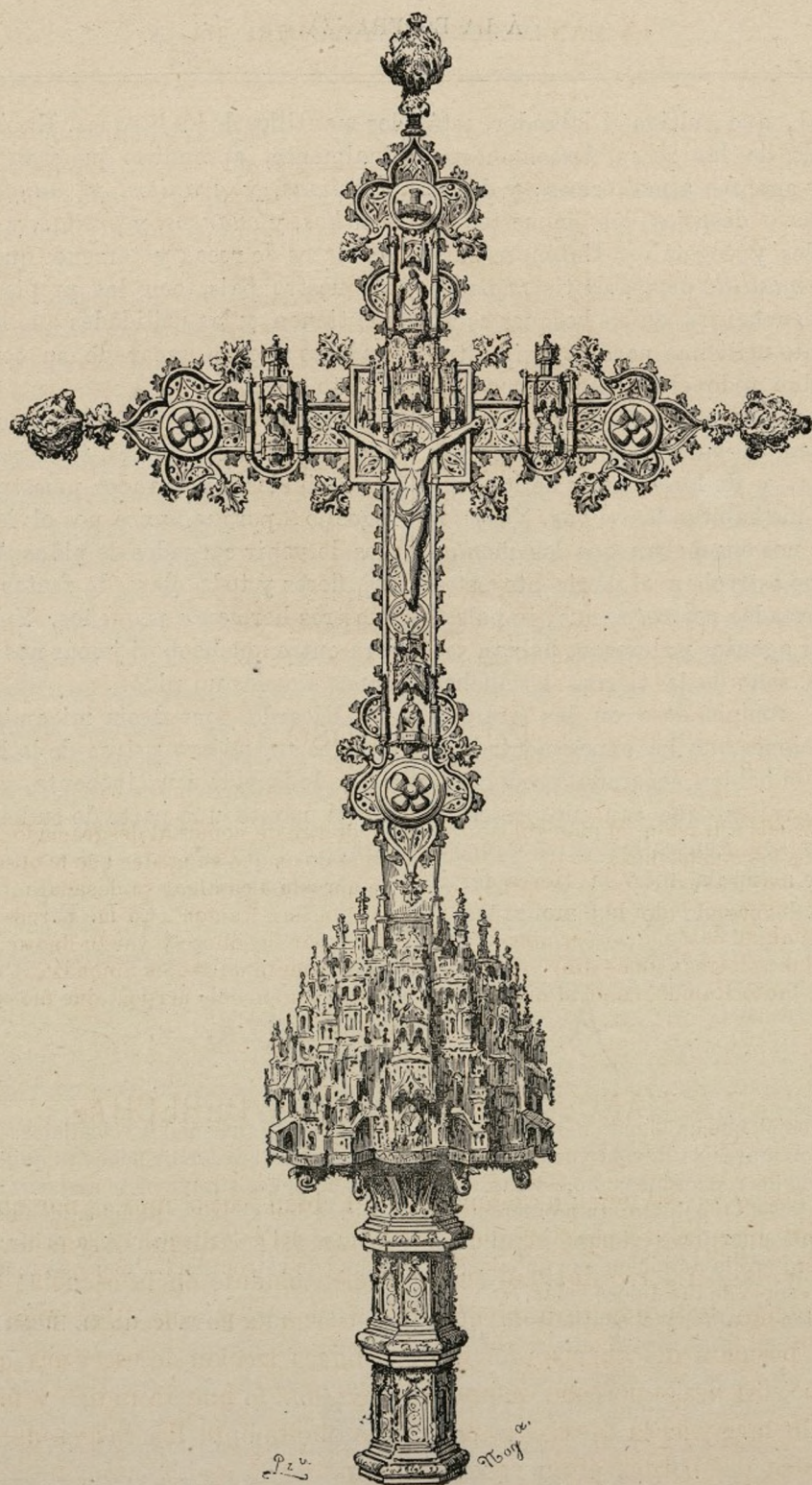
Tú tienes por timon el pensamiento;
Por derrotero la ambicion que anhelas;
Y como soplo de tus dulces velas,
La ilusion, el amor y el sentimiento.

Tu brújula son sueños celestiales:
Con rumbo al porvenir pones tu quilla,
Y del presente sin temor te alejas:

Antes de hallar tus mundos ideales,
La nube del dolor te echa á la orilla;
¡Si has de retroceder!... ¿por qué te alejas?

PATROCINIO DE BIEDMA.





Cruz procesional de la catedral de Toledo.—Pertenece al siglo xv y es del estilo gótico florido, labrada en plata sobredorada al fuego y adornada de piedras preciosas. En la parte inferior se figura la ciudad de Jerusalén.



EL GOLOSO.

Ahí teneis á Ramon, el más goloso
De todos los muchachos:
No hay para él seguro en la despensa
Botella, ni cajon, jarra ni plato.
Así que algun descuido le permite
Dar á las golosinas un asalto,
A él se lanza Ramon, como si nunca

Le dieran de comer al desgraciado.
Lo malo es que su madre que le observa
Se apresta á castigar su desacato..
¡Ay! misero Ramon... ya me parece
Escuchar tu sollozo y ver tu llanto;
Ya tormenta de azotes amenaza
A una region del cuerpo... que me callo.

LA MANO IZQUIERDA Y LA DERECHA.

El maestro.—Atencion, señores;
colocad bien el cuerpo si quereis
escribir bien. La regularidad en la
inclinacion de la escritura depende
de la posicion del cuerpo del que
escribe. El brazo derecho extendi-
do á lo largo de la mesa, á poca
distancia del borde; el cuerpo de-
recho; el costado izquierdo apoyado
en la mesa..

Y bien, hijo mio, ¿por qué me
miras así? Aunque hayas entrado
recientemente en la escuela, debes
comprender lo que digo. Esta es la
primera leccion de escritura que te
doy; haz lo que te indico y forma-
rás fácilmente los rasgos del mo-
delo.

Juan.— Señor maestro, com-
prendo bien lo que dice Vd.; pero

no sé, á la verdad, de qué lado me debo colocar.

El maestro.—¿No sabes distinguir la mano derecha de la izquierda?

Juan.—Sí, señor, lo sé; esta es la mano derecha y esta la izquierda; pero ¿debo colocarme como usted dice que lo haga y como se colocan todos mis compañeros?

El maestro.—¿Por qué no?

Juan.—Señor, soy zurdo.

El maestro.—¿Eres zurdo? Pues bien, tanto mejor, amigo mio. Colócate, colócate como te he dicho; ya verás cómo te enseño á escribir con la mano derecha.

Cárlos.—Señor maestro, ¿qué es ser zurdo?

El maestro.—Es hacer con la mano izquierda lo que se debe hacer con la derecha.

José.—Señor maestro, ¿y se nace así?

El maestro.—Esta es una gran cuestion, amigo mio; pero más importante es todavía saber si venimos al mundo con una mano hábil, ligera, y otra torpe é inhábil.

Cárlos.—Así será, señor maestro, puesto que todos los hombres son de este modo.

El maestro.—No es esa una razon suficiente, puesto que la educacion es la que influye en el modo de ser de los hombres. Si nuestras amas y nuestras mamás lo quisieran, nuestra mano izquierda podria ser tan

útil como la derecha, y ésta quedar inhábil.

José.—¿Es posible?

El maestro.—Dime, José, ¿tienes una pierna izquierda y otra derecha?

José.—Sí, señor; seguramente.

El maestro.—¿Notas cuando andas, cuando corres, cuando saltas á la cuerda, si alguna de tus piernas está más torpe que la otra?

José.—No, señor; las noto iguales á las dos.

El maestro.—La naturaleza no ha establecido más que una muy ligera diferencia entre las dos piernas, pues tienen la misma fuerza; así es que en una larga carrera lo mismo se fatiga una pierna que la otra. En el mismo caso están las manos; la naturaleza las ha dotado de la misma fuerza; sin embargo, en el dia hay una diferencia entre ellas muy notable, una muy notable desproporcion. ¿Por qué? Esto consiste en que tu mamá, cuando empezaste á andar, te dejó hacerlo á tu capricho. No te dijo que marchases sobre un solo pié; no lo hubieras podido hacer, y no podia ella tener, por lo tanto, tal pensamiento; así es que te has servido tanto de una pierna como de la otra. No ha sucedido así con las manos. Yo no sé el pensamiento, la razon ni el origen de servirse de una mano más que de la otra.

«Vamos, dicen las amas y las

mamás, toma esto con la mano derecha, saluda con la mano derecha, envía un adiós con la mano derecha. ¡Ah, es un niño mal educado el que saluda con la mano izquierda!»

¿Qué resulta de todo esto? Que Dios nos ha dado dos manos y nosotros no tenemos más que una: deberíamos también tapar una oreja y cerrar uno de nuestros ojos. De seguro que no sería más ridículo encontrar mal el uso del ojo y de la oreja izquierdos, que hallar de mala educación los movimientos de la mano izquierda.

El hombre está compuesto de dos mitades semejantes; no son idénticas, es verdad, pero las ligeras diferencias que se notan son insignificantes. Dios nos ha criado así, y nosotros queremos enmendar sus obras: nos ha dado dos manos y hacemos lo que podemos para privarnos de una. ¿Quién sabe la re-

volución que produciría en las artes el abandono de una costumbre tan absurda? ¿Quién podría calcular las ventajas que resultarían del doble recurso de las dos manos igualmente hábiles? Ejercitemos las dos, eduquemos nuestra mano izquierda lo mismo que la derecha.

Ha ocurrido por casualidad, sin duda, que vuestro compañero Juan ha hecho todo lo contrario que vosotros. Tal vez una enfermedad de la mano derecha, alguna debilidad en ese lado, le ha obligado á servirse con preferencia de la mano izquierda, y se ha quedado zurdo. Pues bien; sabed que en pocos días se puede rehacer la educación de la mano derecha.

Juan llegará á escribir como vosotros; al principio le costará algún trabajo, pero al fin conseguirá su objeto.

T. LEBRUN.

¡CHIST!

I.

¡Tengo yo un ángel tan bello!
¡Con unos labios tan rojos!
Negros, muy negros los ojos,
Rubio, muy rubio el cabello.

Junto á la cuna yo miro
Su faz dormida y serena,
Más blanca que una azucena,
Más suave que un suspiro.

En su rostro angelical
Brilla el alma candorosa,
Como el botón de una rosa
En un vaso de cristal.

Venid, en su boca vierte
El sueño blanda sonrisa.
¡Eh!... no vengais tan de prisa;
Callad, que no se despierte.

II.

¿No veis con qué gracia va
La tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo
Siempre sonriendo está.

Tiene poco más de un año...
No la beseis... duerme ahora;
Y al despertar, siempre llora
Como si la hicieran daño.

Mirándola estoy dormida,
Y me estoy mirando en ella.
Yo la veo como una estrella
En la noche de mi vida.
¡Hermosa niña! ¡Qué suerte
Le guardará la fortuna!
No mováis tanto la cuna;
Callad, que no se despierte.

III.

Es un ángel de hermosura,
De esos que una madre sueña;

¡Tiene la faz tan risueña!...
¡Y la mirada tan pura!
¡Con qué indefinible anhelo
Miro su tez sonrosada!
Es un alma desterrada,
Sí, desterrada del cielo.
Más bajo... no habéis tan fuerte.
No turbeis su sueño blando;
¡Sueña! ¿qué estará soñando?...
Callad, que no se despierte.

JOSÉ SELGAS.

ACTUALIDADES.

Acompaña á este número el pliego 12 de la *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, escrita por el Director de LA NIÑEZ.

El distinguido y tierno poeta D. José Selgas, cantor de *La Primavera*, ha muerto. Rezad por su eterno descanso, que bien lo merece el autor de la bellísima poesía que en otro lugar de este número insertamos.

La bonita comedia *Precocidades*, original de D. Ramiro Siguert, y publicada en nuestras columnas, ha sido impresa aparte y pertenece ya á la coleccion que con el título de *Teatro de salon* fundó el Director de LA NIÑEZ, y sigue editando el Sr. D. G. Hernando. Los pedidos se pueden dirigir, por lo tanto, á su acreditada librería, calle del Arenal, 11.

Se espera para el próximo Carnaval una comparsa infantil organizada en Arévalo (Avila), compuesta de 27 niños, todos menores de seis años, y vestidos de comuneros, que ejecutan con gran precision varias piezas musicales con guitarras, bandurrias y panderetas.

En breve quedará constituido el patronato de señoras de la *Sociedad protectora de los niños* bajo la presidencia de una ilustre dama. Dicho patronato, conforme á estatutos, se compondrá de 30 señoras.

En el *Boletín* de tan simpática y humanitaria asociacion, se da la noticia de que dentro de pocos dias prestará sus servicios

á los niños pobres del barrio de las Peñuelas una nueva consulta médica y gratuita que establecerá allí la protectora, donde tambien gratuitamente se vacunarán cuantos niños se presenten.

A juzgar por los diversos disfraces de niños que se están confeccionando, promete estar brillante el baile infantil que el lunes de Carnaval se celebrará de tres á seis y media de la tarde en el teatro de la Comedia.

Todas las dependencias del teatro estarán atendidas por niñas. La orquesta será tambien dirigida por un niño, y la direccion de dicho baile ha sido encomendada al niño Ricardo Ducazcal, hijo del empresario de dicho coliseo.

En el teatro Español se prepara la representacion del admirable drama biblico *El mal apóstol y el buen ladrón*, obra de Hartzenbusch, no representada hace años.

En la Comedia se representa con aplauso *La posada de Lucas*, original de D. Eusebio Blasco.

Los editores de Barcelona Sres. Bastinos han publicado últimamente una serie de comedias infantiles con el título de *Teatro de la Niñez*. Comprende las tituladas *Conchita la ramilletera* y *La pordiosera*, ambas originales de D. M. G. Rentero; *Soberbia y humildad* y *El castigo del orgullo*, de Don Ignacio Garcés; *El mejor premio*, de D. V. Mayorga, y *El anillo de oro*, de D. Pedro J. Solas.